

El día 14 de octubre el papa, después de haber solicitado del rey Aistulfo, por medio de una embajada aparatosa, el correspondiente salvo-conducto, salió de Roma con numeroso séquito de eclesiásticos y caballeros romanos, del enviado del emperador, el silenciario Juan, y de la embajada del rey Pipino, para dirigirse ante todo á Pavia, residencia del rey Aistulfo. Los romanos acompañaron al papa hasta una gran distancia llorando y suplicando que no se ausentara de Roma, porque la verdad era que durante 180 años los papas les habían protegido contra los bárbaros mucho más que el emperador y su exarca, y más que todas las murallas, fosos y baluartes de piedra. A la sazón el papa, viejo y enfermo, salía de la capital cuando el otoño tocaba á su fin, emprendiendo un viaje penosísimo al través de los Alpes. De parte del rey longobardo, sin embargo, nadie, ni menos el papa, temía peligro alguno para éste, porque bien sabían los papas que los reyes y jefes germanos no se atrevían á tocarles á un solo cabello; que estimaban como un grandísimo honor tenerles el estribo al montar en su mula, y andar como humildes mozos á pié á su lado. Tan grande era el efecto que los papas producían sobre aquellos bárbaros, que el rey Liutprando temió la visita del papa Zacarías porque preveía que nada podría negarle, como en efecto sucedió.

Como en otras ocasiones análogas, particularmente en el viaje del papa Zacarías no faltó el correspondiente milagro, porque el tiempo se presentó singularmente favorable y al pasar la frontera longobarda apareció en el cielo una gran bola de fuego (un bólido) que viniendo de la parte de la Galia bajó sobre el territorio longobardo. Esto significaba naturalmente que el papa atraería sobre los longobardos las armas francas, que cual fuego voraz acabarían con su reino.

En el mes de noviembre llegó el papa con todo su numerosísimo é imponente acompañamiento á Pavia, donde le había precedido el embajador franco Antaris, para anunciar al rey longobardo su llegada y su viaje á la corte del rey Pipino. En todo esto se conoce una dirección muy previsora y hábil. El rey longobardo, tan mal tratado por el biógrafo del papa, envió mensajeros á éste, suplicándole que no le hablara de la restitución de sus conquistas; pero el papa le contestó, enviándole al mismo tiempo valiosos presentes, que de ninguna manera dejaría de hacer precisamente esta reclamación. Llegado que hubo á presencia del rey, hizo lo que había dicho; pero Aistulfo no hizo caso «de sus torrentes de lágrimas, ni de las cartas ni de las reclamaciones de los embajadores del emperador.» Cuando los embajadores francos instaron al rey que dejara pasar al papa por su territorio para continuar su viaje al imperio franco, preguntó el rey al papa si ésta era realmente su voluntad, y al recibir la contestación afirmativa, «rechizó los dientes como un león.» Después de la audiencia hizo que varios de sus guerreros hablasen al papa para desviarle de su intento, y al día siguiente volvió á preguntarle en presencia del obispo Crodegango si persistía en pasar á Francia, á lo cual contestó el pontífice según la urbanidad en uso: «Con tu permiso persisto.» Entonces concedió el rey el paso y en 15 de noviembre salió el papa de Pavia con su comitiva, apresurándose á llegar cuanto antes al territorio franco, aunque no había que temer ninguna traición ni atentado de parte del rey una vez que había concedido su permiso.

Apenas llegaron los viajeros por el camino del monte San Bernardo al territorio franco prorrumpieron en alabanzas á Dios. En el monasterio de San Mauricio, fundado en honor del santo mártir de este nombre, que con la legion tebana de que formaba parte había pasado por allí yendo de Italia á la Galia, se repusieron los viajeros de las fatigas del viaje,

hecho en el mes de diciembre al través de los Alpes por ventisqueros, montañas terroríficas y atravesando ríos y torrentes (1). Allí falleció uno de los individuos más distinguidos de la comitiva, el primicerio Ambrosio, en el mes de diciembre, conforme dice su epitafio (2). En el mismo monasterio se agregaron á la expedición dos embajadores, Fulrado de San Dionisio y el duque Rotardo, enviados por Pipino para cumplimentar al papa á su llegada al territorio franco y acompañarle á Pontion (3). Desde mucho tiempo era costumbre, y Carlomagno la convirtió después en regla, enviar como embajadores siempre dos personas notables, una seglar y otra eclesiástica, como letrado más instruido y más inteligente. Cuando solo faltaron cien millas romanas para llegar á Thionville (Didenhofen), donde se hallaba todavía á la sazón el rey Pipino, salió á recibir al papa el hijo mayor del rey, Carlos, que entonces contaba once años, y al llegar á la vista de la residencia real salió el mismo rey con su esposa, sus hijos y los magnates que se hallaban en su corte. Pipino al ver á su augusto huésped se apeó y arrodilló con la mayor humildad y luego se puso al lado del papa, que iba montado en su cabalgadura, y le acompañó á pié «como un palafrenero,» dice el biógrafo (4).

Tanto hubo de gustar este obsequio respetuoso en Roma, dice Döllinger en sus fábulas del papado de la Edad media, que los inventores y defensores de la famosa donación de Constantino contaron que este emperador hizo también de palafrenero del papa Silvestre, á fin de que sirviera de precedente y regla en adelante para todos los emperadores y reyes en casos análogos; y hasta hay autores (5) que suponen que Pipino fué previamente instruido por encargo de la curia para proceder así. Esta ceremonia era, según se decía, antiquísima, pues que Caracalla murió á manos de un palafrenero al tenerle éste el estribo; y una antigua ordenanza romana prescribe que á cada lado del caballo del papa marchara un palafrenero, cuando en las grandes fiestas de la Iglesia, como, por ejemplo, en la pascua de Resurrección, presidía el pontífice la procesión acostumbrada, á fin de que no vacilara en su cabalgadura (6).

Al ponerse otra vez en marcha la comitiva entonó el papa con los eclesiásticos que le acompañaban himnos y cánticos espirituales, y así entraron en el palacio el 6 de enero de 754, día de los Santos Reyes (7). En el oratorio fué donde el papa y sus compañeros eclesiásticos, y según otros solo el papa y cuatro sacerdotes, se pusieron un cilicio, se cubrieron de ceniza y se prosternaron en el suelo. En esta posición aguardaron al rey, á quien el papa había hecho llamar, y cuando entró Pipino, Estéban le entregó una espada que había llevado oculta, y le dijo, vertiendo abundantes lágrimas: «El honor de San Pedro está vilipendiado y la gloria de su casa se desvanece; por eso invocamos la protección de los francos y de su rey;» con lo cual vino á decir que con la espada entregaba al rey el protectorado de la tumba de San Pedro, ó sea de Roma. Esta escena, después de haberse acordado previamente todo, nos parece hoy una comedia poco digna, y es probablemente invención posterior, acaso del siglo XI; pero lo del cilicio y la ceniza lo refiere ya la crónica de Moissiac, y cuando el mismo papa dos años después vuelve á solicitar

(1) *Codex Carol.*, ep. VII.

(2) Galletti: *Del primicerio della santa sede apostólica*, Roma, 1776, página 42.

(3) *Pons Ugonis*, entre Vitry y Bar-le-Duc, departamento del Marne.

(4) *Vita Stephani*, pág. 168.

(5) Juan Huber: *Jano*, el papa y el concilio.

(6) *Ordo Romanus*, ed. *Mus. Ital.*, II, c. 4.

(7) Según los *Ann. Mett.* y el *Chronicon Moissiac.*, se hizo la entrada el 7 de enero.

al auxilio de Pipino, le dice en la carta que prosternado ante él le suplica (1).

Volviendo á la escena del oratorio, resta decir que el rey, sus hijos y los magnates se apresuraron á dar sus manos al papa y le hicieron levantarse en señal de promesa de auxilio. El rey le ofreció ayudarle contra los longobardos, pero no dijo que ejecutaría todas las órdenes que le diera ni que le restituiría el exarcado de Rávena (que el papa jamás había poseído), ni tampoco los lugares y derechos pertenecientes á Roma, como supone el biógrafo del papa (2).

Por otra parte, van demasiado lejos los que niegan del todo que Pipino hiciera donación alguna á la Santa Sede por el estilo de la del emperador Constantino, porque en Kiersy, no en Ponthion, se creó en el año 754 por acta solemne una nueva base del poder temporal del papa y de los futuros Estados de la Iglesia, como veremos en la historia del pueblo longobardo, pues que se hizo á sus expensas. Por lo pronto es innegable que Pipino prometió en aquel documento al papa restituirle, es decir, á la Santa Sede ó á San Pedro, como se decía entonces, las ciudades y los territorios que le habían arrebatado los longobardos, con todos los fueros anexos (jurisdicción y otros, probablemente como los concedidos á tantas iglesias y monasterios del imperio franco). En aquel momento no podía prometer más el rey Pipino, porque ni sabía todavía lo que conquistaría de los longobardos ni conocía la geografía y división política de Italia, ni pensaba en hacer la guerra al imperio bizantino, del cual era súbdito el papa. Éste, por otra parte, no pensaba todavía, como hemos visto, en desobedecer al emperador; por manera que tampoco podía aceptar para el patrimonio de San Pedro territorios pertenecientes al imperio bizantino ocupados por los longobardos, si Pipino se los arrebataba. En este caso el papa tendría que restituirlos á su soberano el emperador, en cuyo nombre y por cuya orden los había reclamado del rey Aistulfo. Si el papa después aceptó á Rávena con todo el exarcado y otros territorios sin entregarlos al emperador, fué porque habían variado las circunstancias.

No puede hacerse ningun cargo al papa porque en su situación angustiosa buscara el auxilio del poder franco, ya que su soberano el emperador no le socorria; pero esto no le autorizaba para aceptar después territorios imperiales que Pipino le dió y que pudo darle por haberlos conquistado de los longobardos, pero que el papa estaba en el deber de restituir á su soberano legítimo. Esta donación de Pipino era, pues, nula y sin valor, y no desligaba al papa de la fidelidad, obediencia y demás deberes de súbdito hácia el emperador bizantino (3), ni tenía de consiguiente el papa derecho ninguno para sancionar las conquistas del imperio franco en 774, ni menos para conceder en el año 800 la corona del imperio de Occidente á Carlomagno, sucesos que el emperador de

(1) *Codex Carol.*, ep. IX, pág. 51: *Tanquam præsentialiter assistens provolutus terra et tuis vestigiis me prosternens eum divinis mysteriis conjuro coram Deo vivo...*

(2) *Vita Stephani*, ed. Muratori, pág. 168. *Fred. cont.*, c. 119, no menciona promesa ninguna y se limita á decir: *Auxilium contra gentem Langobardorum et eorum regem Aistulfum, ut per ejus adiutorium ab eorum oppressionibus vel fraudulentia de manibus eorum liberaretur et tributa et munera* (en el sentido de onera) *que contra legis ordinem a Romanis requirebant, facere desisterent*. Cuando llegó el caso contentóse Pipino con pedir á Aistulfo que por respecto al príncipe de los apóstoles en adelante: *In partibus Roma hostiliter non ambulare et superstitionas ac impias vel contra legis ordinem causas quod antea Romani nunquam fecerant propter ejus petitionem non facere*.

(3) El autor no observa que Pipino no habría hecho semejante donación para que pasase á manos del emperador, impotente para convertirla, sino para que subsistiera en las del papa. La sujeción de éste al emperador bizantino era entonces puramente nominal.

(N. del T.)

Oriente trató en efecto de impedir y de anular protestando de ellos. Esto es muy importante hacer constar aquí en la historia del pueblo franco para apreciar en su justo valor los grandes sucesos indicados con todas sus consecuencias morales y políticas. El único título que los papas se habían permitido conceder á potentados bárbaros sin que el emperador reclamara en contra era el de patricio, título que no llevaba consigo derecho alguno y que había sido dado á Carlos Martel. No podían dar legalmente otro ni á Pipino ni á sus hijos porque el emperador de Oriente era de derecho, si no de hecho, emperador también de Occidente. Pero dejando aparte el terreno teórico legal y considerando los hechos prácticos, se comprende que los papas olvidaran sus deberes de súbditos, deberes reconocidos por juramento solemne, en vista del abandono en que les dejaba el emperador, habiendo tenido que defenderse como pudieron contra los longobardos durante cerca de dos siglos; ni es de extrañar buscaran el auxilio de los francos, los únicos que podían auxiliarles y cuyo rey no podía pretender otros derechos en los Estados de la Iglesia más que los de mero protector.

En toda esta cuestión toca el mejor papel á los francos, que arrebatan á los longobardos lo que éstos habían arrebatado á los bizantinos. El rey de los francos cumple con sus deberes de cristiano protegiendo el sepulcro y patrimonio de San Pedro; y sin cometer ninguna traición contra los bizantinos ni contra los longobardos, debilita el poder de ambos y aumenta el suyo creando el Estado de la Iglesia, con cuyo protectorado gana un gran renombre y una posición de la mayor influencia en Italia.

En disculpa del papado debe tenerse también presente la perseverante herejía iconoclasta de los emperadores, y que los papas, como cabeza de la Iglesia, difícilmente podían continuar siendo súbditos de soberanos disidentes de la Iglesia en un punto tan capital. Conforme al espíritu de su época, debían buscar lo que más convenía á los intereses «de San Pedro,» y si lo hicieron con sagacidad superior á la del emperador y de los reyes longobardo y franco, no hicieron más que lo que creían ser su deber, sin hipocresía y con la mejor buena fe, aunque á nosotros nos cause hoy mal efecto esta mezcla de astucia y de unción, de política y de santidad.

Tocante á la influencia que el poder temporal del papado ha ejercido en la historia del mundo, y en especial en la de la Iglesia, los no católicos solo suelen ver la parte dañina; ven la parte mundanal de la Iglesia, su ingerencia en las contiendas políticas de Italia, para cuya unidad fué, según Maquiavelo, constante y único obstáculo, y observan, finalmente, el estado á donde el gobierno teocrático había conducido á los territorios sometidos á su autoridad. Todo esto es innegable, pero también lo es que sin la independencia material del pontificado, la Iglesia no habría alcanzado jamás la imponente y benéfica influencia que luego alcanzó y conservó durante siglos. La sumisión de la naciente iglesia alemana á la curia romana, realizada por San Bonifacio, tan criticado por esto por los protestantes, no habría sido ni eficaz ni duradera sin el poder temporal, y la conversión de los alemanes al cristianismo, y la civilización no se habría realizado sino imperfectamente y al cabo de mucho tiempo. Estos resultados deben justificarse á los ojos de los adversarios del papado los medios empleados (4).

(4) Estéban II, dice Ranke (V, 2, pág. 32), natural de Roma y educado por autoridades eclesiásticas, celoso de la independencia de su ciudad patria y de la Iglesia, era una capacidad política de primer orden; y previendo los grandes conflictos políticos futuros, aseguró en la familia de Pipino la sucesión al trono del imperio franco, ligándola á Roma por medio del patriciado, dignidad vaga en cuanto á derechos pero muy efectiva en cuanto al deber de protección.

Volviendo á tomar el hilo de nuestra narracion, vemos en la continuacion de Fredigaro (I, c.) que el rey invitó al papa á pasar lo que restaba del invierno en San Dionisio, cerca de Paris, y por aquel tiempo, poco despues de haber hecho su promesa de auxilio contra los longobardos, envió una embajada á Aistulfo, probablemente con el encargo de pedir, quizás amenazando en caso contrario con la guerra, que no diera lugar á mas quejas del papa. Habiendo regresado esta embajada con una contestacion negativa, los francos en 1.º de marzo de 754 celebraron una de sus asambleas acostumbradas, esta vez en Braisne-sur-Vesle, cerca de Soissons (1). Es de suponer que entonces se comunicara á los francos la negativa del rey longobardo y se les indicara la probabilidad de una guerra; pero de todos modos no se decidió la guerra hasta seis semanas despues, en otra asamblea reunida por Pascua, en 14 de abril del mismo año, en Kiersy, ó segun otros, en Braisne-sur-Arronde, cerca de Compiègne, á cuya asamblea asistieron tambien, además del rey, los dos hijos de éste y el papa (2). En esta asamblea los magnates aprobaron los arreglos hechos entre el rey y el papa, ó sea la expedicion contra Aistulfo, y allí el rey y sus dos hijos, si bien el segundo, Carlomano, solo contaba tres años, prometieron en un documento, que ya no existe, restituir á la Iglesia, ó sea al patrimonio de San Pedro, lo que los longobardos le habian arrebatado. Además, en esta ocasion ó en otra prometió Pipino al papa darle como soberano temporal la posesion de los territorios que quitara á los longobardos, sin determinarlos, como es natural, y sin cuidarse de si habian pertenecido antes al imperio de Oriente. El papa, en cambio, concedió en la asamblea solemnemente el título de patricio romano á Pipino y á sus dos hijos y ungió y coronó en San Dionisio el 25 de julio de 754 á Pipino rey por segunda vez, en cuya solemnidad bendijo tambien á la reina Berta, esposa de Pipino, y á todos los magnates francos. El hacer patricios tambien á los hijos de Pipino, á pesar de ser el segundo todavía niño, significaba que el trono franco, lo mismo que el patriciado romano, serian hereditarios en la familia.

En aquella ocasion concedió el papa tambien probablemente el palio y la mitra arzobispal al eminente obispo de Metz, Crodegango, que tanto habia hecho por la Iglesia en el imperio franco.

Esta uncion del rey acompañada de la bendicion de los suyos y de los príncipes francos, verificada por el mismo papa, habia sido ya precedida por la de San Bonifacio, el cual poco antes, en 5 de junio de 754, habia sellado su apostolado con la corona del martirio cerca de Dokkum en Frisia. La bendicion del papa tenia por objeto legitimar de nuevo y con toda la ostentacion posible la corona real franca en la cabeza y familia de Pipino; y á mayor abundamiento añadió el papa la intimacion á todos los francos de no abandonar jamás, bajo la pena de excomunion, la nueva dinastía mientras tuviera individuos varones; por manera que toda falta de fidelidad á Pipino y á sus descendientes implicaba una falta á la Iglesia, que expulsaba de su comunion al que no era fiel á la casa real. La dinastía y la Iglesia formaban juntos un círculo del cual nadie podia salir sin exponerse á quedar fuera de la ley y de la sociedad. Desde entonces el espíritu

(1) *Fred. cont.*, c. 120.

(2) De Kiersy habla solamente una carta, la que se encuentra en Bouquet, V, 591 (*revelatio S. Stephano facta*), escrita por el papa Estéban, considerada hoy falsa, y dirigida á un monasterio *Britannicum*, (Sirmond, *Concilia Gall.*, II, 679 y siguientes); pero no se sabe si el papa estuvo en Kiersy cuando la segunda asamblea, que se celebró por Pascua. Invencon es tambien la consagracion del convento de Figeac cerca de Cahors y una acta del 7 de noviembre de 755 á favor del convento de Conques, cerca de Rhodéz.

teocrático, á impulsos de los esfuerzos de Estéban II, recorrió con extrema rapidez la distancia que le separaba de la realizacion completa de su ideal en el imperio franco en los años 800, 962, 1077 y 1122.

La nueva intimacion hecha por el papa á todos los francos de permanecer fieles á Pipino y á sus descendientes, intimacion solicitada naturalmente por éste, prueba que no todos los francos consideraban el acto de usurpacion del año 751 como indiscutible é inapelable, y que sus autores juzgaban necesario levantar una barrera fuerte contra toda intencion de hacer con Pipino ó con alguno de sus descendientes lo que él habia hecho con el último rey merovingio (3).

Interesante es el siguiente pasaje de una de las cartas escritas por el papa Estéban II á Pipino, en la cual se vé claramente la doctrina de San Agustin, segun la cual, Dios dirige los sucesos con el fin de conducir á la humanidad á la mística ciudad de Dios, siendo la Iglesia el instrumento para llegar á este resultado y debiendo, de consiguiente, dejarse guiar por ella los gobiernos terrenales: «A este fin os ha ungió Dios por mí y por mediacion de San Pedro, á fin de que la Iglesia sea ensalzada y San Pedro reciba lo que es suyo. Para esto habria podido Dios valerse de otros medios, pero viendo vuestra piedad ha decidido recompensaros permitiendo que fuérais vos quien alcanzara este mérito por San Pedro.» Admitiendo este principio, tan contrario á la buena lógica como á la sana razon, queda suprimida de un golpe la independencia de todo gobierno fuera del de la Iglesia (4). «Ser protector y servidor de la Iglesia es el honor mas grande que Dios concede y no le otorga sino á los soberanos mas meritorios.» La conviccion ingénuca con que el papa dice esto á Pipino, cabalmente cuando necesita y pide su apoyo, hacia al clero entonces y le hizo despues invencible. En adelante se recordó á Pipino muchas veces la inmensa deuda que habia contraído al recibir aquel santo óleo.

Entretanto las partes interesadas hicieron esfuerzos para evitar la guerra entre los francos y longobardos. Aistulfo fué el primero que entró en negociaciones con Pipino, sirviéndose para este objeto nada menos que de Carlomano, hermano del rey de los francos, que desde su ingreso en el monasterio del monte Casino habia desaparecido de la escena del mundo; pero Aistulfo era el soberano del monasterio y de su abad, al cual debian obediencia sus monjes; y así deben de estar en lo cierto los *Annal. Laurish.* (753) al decir que Carlomano fué enviado por su abad cerca de Pipino para negociar un arreglo pacífico entre él y Aistulfo. En efecto, en mayo ó junio llegó á la corte de su hermano, pero todos sus esfuerzos por desviar á éste de su determinacion fueron infructuosos. Pipino le dijo que habia dado su palabra al papa de restituirle lo que le habia arrebatado el rey longobardo y que no podia faltar á su compromiso sin exponerse

(3) Véase la llamada *cláusula de Pipino* en Bouquet, V, 9: *Per manus Stephani pontificis in regem et patricium unicum filium Carolo et Carlomanno in nomine s. trinitatis unctus et benedictus est, in ipsa ecclesia uno eodemque de Bertradam regis conjugem pontifex regalibus indutus cycladibus gratia septiformis spiritus benedixit simulque. Francorum principes benedictione et spiritus s. gratia confirmavit et tali omnes interdicitis et excommunicationis lege constrinxit, ut nunquam de alterius lumbis regem in evo presumante ligere, sed ex ipsorum quos et divina pietas exaltare dignata est et s. apostolorum intercessionibus per manus vicarii ipsorum b. pontificis confirmare et consecrare disposuit. Véanse tambien la carta 7.ª del papa Estéban; la *Vita Steph.*, I, c.; los *Annal. Laurish.*, y el *Chronicon Moissiac.**

(4) Lo contrario á la lógica y á la sana razon no es el principio, sino que son las consecuencias que de él se quisieron deducir.

(N. del T.)

á contingencias incalculables (1). Por lo demás, no hubo de ser de su agrado la ingerencia de su hermano en la política, ya tuviese por causa la órden de su abad, ya la exhortacion de Aistulfo, ó ya su impulso propio. De todos modos, podia ocultarse tras esta mision un peligro, que conjuró Pipino haciendo encerrar secretamente á su hermano y á los hijos de éste en un monasterio de Vienne, en Francia, donde Carlomano murió al cabo de poco tiempo, en 17 de agosto de 754. Pipino por entonces se puso en marcha con numerosísima hueste siguiendo el curso del Ródano en direccion de Italia. Cuando llegó á Vienne dejó allí á su esposa Berta y á Carloman, que le habian acompañado; y Carlomano, que se hallaba enfermo, quedó en calidad de detenido en el monasterio, en el cual fueron encerrados tambien, despues de tonsurados, todos sus hijos incluso Drogo (2). El cadáver de Carlomano fué trasladado por órden de Pipino al monasterio de monte Casino, segun refiere Eginardo, el biógrafo de Carlomagno, pero en cambio las necrologías del monasterio nada dicen de este personaje, que fué uno de sus miembros. El monasterio de San Silvestre, que el papa Zacarías habia dado á Carlomano, fué dado en el año 762 por el papa Paulo I á Pipino, que lo devolvió otra vez al mismo papa pocos años despues (3).

Al fracasar la mision de Carlomano volvió el papa á dirigirse al rey longobardo instándole por todos los misterios divinos y por el día del juicio á que restituyera pacíficamente sin derramamiento de sangre lo que pertenecia á la Iglesia de Dios y de Roma, y á sus ruegos envió tambien Pipino á Aistulfo dos embajadas, la segunda cuando el ejército franco habia avanzado ya hasta la mitad del camino, renovando sus reclamaciones anteriores y prometiéndole al propio tiempo pruebas de su munificencia, segun dice el biógrafo del papa Estéban. Pero segun la crónica de Moissiac y los anales de Metz, que la copian, pidió Pipino á Aistulfo la restitucion de la Pentápolis (4) y de las ciudades de Varni y Cecanum, en cambio de 12,000 sueldos que el rey Pipino se obligaba á pagar.

Mientras esta última embajada se dirigia á Italia continuó el ejército su marcha, tomando desde Vienne la direccion Sudeste, y pasando por Grenoble llegó á Maurienne, donde poco tiempo antes habia encontrado su tumba el infortunado Griño. Allí fué tambien donde encontró á Pipino la última embajada enviada por él á Aistulfo con la contestacion negativa de éste. Aistulfo solo accedia á dejar pasar por sus dominios al papa de regreso á Roma; y añaden los anales carolingios que prorumpió en «improperios contra Pipino y todos los francos.» En Maurienne, pues, dice la biografía del papa, despues de un solemne servicio divino en la iglesia de San Juan Bautista, ofreció Pipino á Dios los presentes, y no se sabe si tambien los 12,000 sueldos, cosa muy improbable, que segun la misma biografía habia mandado prometer al rey longobardo. El papa se quedó en aquel monasterio mientras el ejército reunido de todas las partes del imperio continuaba su marcha. Acompañaban á Pipino su hermano natural, Jerónimo, y Fulrado, abad de San Dionisio.

Un solo combate, como de avanzada, decidió toda la cam-

(1) *Vita Stephani*, pág. 169.

(2) *Annal. Guelf. Nus. Amand.* - *Annal. Laurish. Petav. Mosell.*, página 753.

(3) Sickel, *Acta deperdita*, pág. 380, y *Codex Carolinus*, ed. Jaffé, ep. XXIII, pág. 98 y XLII, pág. 143, donde se dice de la primera donacion de Zacarías, que era *inanis et vana nullam in se habens firmitatem*.

(4) Habia la Pentápolis marítima y la Pentápolis interior; diez ciudades con sus territorios que se enumerarán mas adelante de las condiciones de la paz.

paña, por cuya razon se atribuyó el triunfo á la intervencion milagrosa de San Pedro apóstol.

Pertenecian tambien al imperio franco el monte Cenis y el valle de Susa, por cuyo motivo se llamaba toda la via desde Susa á Maurienne *Clusa Francorum* (desfiladeros de los francos), y con el mismo nombre se designaba tambien el desfiladero propiamente dicho. Por analogía llamábanse desfiladeros de los longobardos los que se encuentran mas allá, al Este del valle de Susa. Aistulfo cometió la falta inconcebible de no ocupar el valle de Susa ni los desfiladeros y puertos, no obstante haber tenido meses para hacerlo sin encontrar resistencia, ó si la hubiese habido, habria sido insignificante; verdad es que aquel era territorio franco, pero esto no debió haber retraído á Aistulfo de ocupar todo el camino y las alturas hasta Maurienne, porque desde el momento en que habia rechazado las últimas proposiciones de arreglo de Pipino, sabia que la guerra era inevitable y no deberia haber guardado atenciones. En lugar de ocupar aquellas posiciones se limitó á levantar un campamento fortificado á la salida del valle de Susa, en el fondo mismo de la continuacion del valle. Por otra parte, hay que tener presente que, además del camino principal, existian todavía otros dos que conducian por el monte Cenis desde Francia á Italia, los cuales habria sido menester ocupar tambien, y para esto la hueste longobarda no era, probablemente, bastante numerosa. Esta razon ha sido poco apreciada hasta ahora, y sin embargo explica muchos enigmas. Solo por esta causa pudieron sostenerse durante algunas generaciones pequenísimas guarniciones bizantinas, por ejemplo la de la isla de Como, la de Susa y otras en medio del territorio longobardo. Solo así se comprende la impotencia de los longobardos para apoderarse de Roma y del exarcado, defendido por una fuerza debilísima, y aun para unificar los territorios ocupados por ellos en el Mediodía y en el Norte de Italia por medio de algunas conquistas de territorios que separaban estos dominios. Solo por la exigüidad del número de los longobardos puede explicarse la falta completa de buques, y en especial de guerra, y por tanto la renuncia á las islas que por su historia, por su situacion geográfica y por razones estratégicas y políticas pertenecen á la península apenínica; y solo, en fin, por esta causa se puede explicar el inmediato y total aniquilamiento de toda resistencia en cada campaña, despues de la primera victoria de los francos, siempre que el imperio franco habia obedecido á un jefe y rey único. El imperio franco comprendia en 754 la Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, la Alemania de hoy hasta el rio Weser, excepto las comarcas sajonas, y el Austria alta y baja con el Tirol, desde Trento hasta el territorio de los avars, es decir, toda el Austria alemana; mientras el pueblo longobardo ni siquiera dominaba en las tres cuartas partes de Italia y estaba ya, además, muy romanizado, siendo muy inferior á los francos en cualidades guerreras. El pueblo longobardo jamás habia sido numeroso; Tácito dijo: *quos paucitas nobilitat*, y á lo mas formaban á su inmigracion en Italia, en el año 568, de 100,000 á 150,000 individuos, de los cuales volvieron á su país 30,000 sajones, y los que quedaron forzosamente debian haberse asimilado en dos siglos á la poblacion indígena, tan superior en número é inteligencia. El país en que dominaban tenia una poblacion incomparablemente mas densa que los territorios francos á la derecha del Rhin, pero en cambio, Pipino habia llamado á las armas á los magnates francos con su gente, de todos los pueblos que formaban parte de su imperio, como dice expresamente el continuador de Fredigaro (c. 120).

Claro está que en semejantes condiciones no habia que pensar en dividir la fuerza efectiva que Aistulfo podia oponer á la aguerrida y numerosa hueste enemiga; y en efecto,